

Manuel Azaña

Discursos políticos

Edición de Santos Juliá



CRÍTICA

MANUEL AZAÑA
DISCURSOS POLÍTICOS

Edición de
Santos Juliá

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición en tapa dura: 2004

Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Herederos Manuel Azaña, 2004

© de la selección, edición, prólogo y notas introductorias: Santos Juliá, 2004

© Editorial Planeta S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-086-4

Depósito legal: B. 3957 - 2019

2019. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

EL PROBLEMA ESPAÑOL

*Conferencia pronunciada en la Casa del Pueblo
de Alcalá de Henares el 4 de febrero de 1911*

Me propongo, cediendo a vuestra cariñosa invitación, hablaros en esta y en sucesivas conferencias de unos cuantos temas que, a mi juicio, os deben interesar. De esta manera, al mismo tiempo que organizo y expongo en forma polémica mis ideas, contribuyo en la medida de mis fuerzas a la prosperidad de esta Casa, que ahora comienza a vivir. Siempre os agradeceré que me hayáis proporcionado esa doble satisfacción moral.

Pertenezco a una generación que está llegando ahora a la vida pública, que ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación, porque las desdichas de España, más que para lamentarlas o execrarlas, son para que nos avergoncemos de ellas como de una degradación que no admite disculpa. Yo recuerdo los tiempos en que nos hacíamos hombres, cuando comenzaban a llegar a nuestros oídos los primeros ecos de la vida nacional, y recuerdo, como recordaréis todos, que sólo percibíamos palabras infames: derrota, venalidad, corrupción, inmoralidad... Y era lo más triste que el pueblo parecía conforme con este oprobio y se revolcaba satisfecho en un cenagal sin creer en sí mismo, ni en sus hombres, ni en su destino histórico; sólo creyó en su miseria; recreándose en ella lo negó todo: la justicia y el derecho cuando vio impunes los crímenes de lesa patria; la libertad porque la sombra de ella consignada en las leyes no le impidió la caída y suspiró por un amo que le hiciera marchar a latigazos ya que él no era capaz de andar solo; negó también la historia —una historia ficticia, inventada por el fanatismo para nutrir la superstición— y, por último, se negó a sí mismo, rehusándose el derecho a vivir, y temió o esperó, no se sabe, una injerencia extranjera o una repartición.

De todas las numerosas y antiguas causas que produjeron en la nación española este estado moral, nosotros, los hombres de mi generación, somos absolutamente irresponsables. Nos horroriza el pasado, nos avergüenza el presente; no queremos ni podemos perder la esperanza en el porvenir, y, con toda la energía y toda la razón del que por culpas ajenas se ve envuelto en desgracias no

merecidas, hemos alzado la voz de nuestra protesta y trabajamos porque el mal no se perpetúe. Comprenderéis perfectamente que sólo por este medio conservaremos nuestro derecho a la crítica; no podremos erigirnos en jueces si nos hacemos culpables de las mismas faltas que tratamos de condenar. De ahí nuestro propósito y el empeño vivo de esta noche, de correr en misión la tierra española queriendo persuadir a nuestros conciudadanos de que hay una patria que redimir y rehacer por la cultura, por la justicia y por la libertad.

Por la cultura he dicho y si lo meditáis bien comprenderéis que lo he dicho todo. Porque el milagro realizado en aquellos españoles que han logrado disipar las espesas tinieblas que al espíritu nacional envuelven desde hace siglos, queremos que se extienda en sus efectos y vivifique a todas las masas del pueblo. Lo queremos por necesidad íntima y cordial de nuestra alma, lo queremos por la salud de la patria. Ya es tiempo de que la nación española deje de ser un pueblo ignorante y aborregado, que no sabe de sí absolutamente nada, ni de sus cualidades ni de sus defectos, ni de lo que le debe la civilización universal ni de las deudas que a su vez tenga para con la civilización misma. Es preciso reconstruir la conciencia nacional para que el solar patrio deje de ser un campo de desolación sobre el que de vez en cuando se levanta un alma grande a llorar los desengaños y las desventuras y a profetizar otras mayores: unas veces con la desconsolada burla de Cervantes, en cuyo libro palpita un pueblo que se ha sentado al borde del camino de la historia, renunciando a su destino; otras con la desgarrada procacidad de Quevedo; que, en tiempos más próximos, halla su expresión en la amarga protesta de Fíguro y en nuestros días suena en los discursos y en los escritos de Joaquín Costa con los acentos de una maldición.

Este espectáculo, ya secular, de un pueblo inerte, que fluctúa entre deseos que no sabe expresar, a merced de corrientes espirituales que le envuelven y que desconoce, sintiendo dentro de sí energías que se disipan por falta de empleo, es preciso que concluya. Es preciso que el pueblo español tenga, como Saulo, su camino de Damasco; que se horrorice de su lepra, que lllore lágrimas de sangre por un ideal de vida que, de momento, no podrá alcanzar, que luche y forcejee, en suma: que prepare los caminos a las generaciones que vendrán, contentándose con ver desde muy lejos la tierra prometida. Tal es el móvil inspirador de esta campaña. Una vez expuesto no necesito deciros que no vengo a soliviantar las pasiones, ni a provocar un estallido de los rencores latentes, ni a producir un fugaz y pasajero movimiento de protesta. Sí quiero que pase a vuestro corazón una chispa de este convencimiento que arde en el mío con tan viva llama, quiero ayudaros a razonar vuestro descontento, a señalar las causas de él, a desbrozar el camino por donde se va al remedio. Más que una momentánea adhesión, busco y deseo que en vosotros quede un germen, un sedimento, que en vuestra soledad y en vuestro vivir cotidiano iréis elaborando por la reflexión tranquila; si llega a echar raíces y a ser la norma de vuestra conducta, el fruto de esta campaña se habrá conseguido.

Comprenderéis que pensando de este modo mi puesto estaba entre vosotros, cooperando desde el primer día a los fines de esta Casa. Comprenderéis,

también, que su fundación me llenase de júbilo, porque la Casa del Pueblo de Alcalá, sin perjuicio y al mismo tiempo de ser una piedra más llevada a un gran edificio nacional y hasta universal, un pequeño arroyo que viene a engrosar una corriente ya poderosísima, puede ser, debe ser, y yo espero que será, en esfera más reducida, un soplo de aire vivo, que rice y purifique las aguas infectas de este pantano que es la vida política alcalaína. Y lo será, porque estas casas son los hogares del progreso, especificado en una de sus más irresistibles tendencias: la que poniendo atención, prestando oídos a las reivindicaciones de las clases bajas, quiere hacer obra de justicia social, difundiendo la cultura y el bienestar por la práctica de la democracia pura, entendiéndolo por democracia, con Azcárate, no una clase que haya de sobreponerse a las demás ni un procedimiento más o menos violento de llevar a cabo y realizar éstas o las otras ideas, y si esta fuerza nueva, este nuevo principio, este nuevo sentido del derecho y de la vida política, más amplio, más universal, más humano, que ha encarnado en la conciencia de los pueblos después de haber sido madurado en la esfera del pensamiento y que está hoy inspirando a las sociedades modernas. Aquí han de prepararse las luchas políticas y económicas, y esa preparación no puede ser otra que la organización de la victoria. No basta que cada uno de nosotros, aisladamente, sienta la necesidad de la reforma impulsado por un ideal; no basta, aunque ya es mucho, que cada cual por sí quiera ejercer sus funciones de ciudadano. Es necesaria la cohesión, la unidad del esfuerzo. Nosotros somos como las varas de un haz que, una por una, cualquiera nos romperá, pero si nos atamos y nos ligamos con fuerza, estrechamente, nada ni nadie será bastante fuerte para doblegarnos. A esta verdad, profundamente humana, responden estas instituciones; agrupan, cuentan, auxilian a los hombres, para que tengan quien los anime y quien los vigile, para que nunca se vean solos con sus pequeñas pasiones, con sus cobardías, ni con sus desgracias, ni abandonados al empuje brutal de la codicia ajena, en cualquiera de sus formas. Responden además a este hecho, que cualquiera puede comprobar: que los hombres de poca fibra moral, es decir, la mayoría de los hombres, traicionan con más facilidad a sus ideas, profesadas en secreto, que a sus compañeros y correligionarios cuando públicamente se les ha proclamado tales.

Todo esto, que constituye a grandes rasgos y sin descender a menudencias, la orientación y el significado de una casa del pueblo, debemos proponernos. Fuerza es decir que ya es hora de que nos lo proponamos.

Parece que estamos en un momento crítico de la historia. Diríase que la civilización en su marcha va a cerrar uno de los grandes ciclos en que se desenvuelve y a abrir otro nuevo; que hemos llegado a la plenitud de los tiempos. En el mundo civilizado todo está en cuestión, todo está en crisis; los dogmas religiosos, estudiados como otros tantos fenómenos históricos, se desmenuzan, se aclaran y se explican a la luz de las más recientes investigaciones de la filología y la psicología; la organización económica, en todos sus aspectos, es condenada en nombre de un principio de justicia más alto, que no puede sancionar la aspereza y brutalidad del régimen capitalista; las instituciones políticas, no ya en sus formas históricas, monárquicas y republicanas, sino en su esencia

misma, en su principio democrático inspirador de cuya eficacia se duda, son llamadas a juicio; como lo son, igualmente, la moral tradicional, y la ciencia, y hasta las puras y desinteresadas especulaciones de la filosofía, obligadas todas a mostrar los títulos que tengan al respeto y al acatamiento de la conciencia humana. La razón es incansable en su obra y, puesta a examinarlo todo, se pregunta a sí misma cuál es la validez de sus afirmaciones, y hay muchos que desconocen y niegan la razón en nombre de ella misma. En esta fiebre, en esta zozobra universal, en medio de la que busca la humanidad un rumbo nuevo, quedan indestructibles dos hechos, de índole diversa, que han de servir de instrumento el uno y de orientación el otro, a saber: las conquistas positivas, visibles y palpables del progreso material que prometen otras infinitamente mayores, y esa fermentación, ese clamor que sube desde lo más hondo de las sociedades, donde una humanidad misérrima, dolorida, expuesta a todas las intemperies, que come su pan amasado con odio, pide con voz que ya es terrible, una urgente y decisiva mejora en su condición. Los efectos de este mal son visibles donde quiera; en el más espléndido cuadro hallaréis una sombra imborrable. Fijaos en un solo ejemplo: en Londres, capital del más poderoso imperio que ha existido sobre la tierra, dueño de riquezas incalculables, de una industria perfectísima, cifra y compendio de una civilización prodigiosa servida por ciudadanos entusiastas y por gobernantes sabios y muy capaces, en Londres, digo, una masa de millares y millares de hombres sin trabajo pasea su hambre por las calles o se muere bajo los puentes del río o en sus antros inmundos, sin que a este enjambre de desdichados, la mayor parte alcohólicos, inútiles para toda obra de provecho, pueda decirseles más que estas palabras: no hay solución. En el estado de crisis que os he descrito antes, cuando todo se discute, ¿en nombre de qué principio, con qué autoridad respetable vamos a decir a esos infelices que se aguanten? Otro ejemplo: Francia ve disminuir su natalidad, y con su natalidad todas las esperanzas del mañana, porque los matrimonios franceses esquivan, a costa de todas las inmoralidades, imponerse el sacrificio de criar, educar y mantener a muchos hijos. Repito mi pregunta, ¿quién, cómo y en nombre de qué, va a corregir eso? Quiere esto decir que llevamos en nosotros mismos abierta una llaga, pero como hay que seguir viviendo, como las esencias de la civilización es preciso salvarlas a toda costa, imaginad qué infinita prudencia, qué tacto, qué disciplina, qué abnegación no serán precisas en el que gobierna y en los gobernados, para que el mundo continúe su marcha progresiva, para que no gastemos las fuerzas en luchas estériles y no nos devoremos unos a otros como fieras salvajes.

Estos problemas, ya de por sí graves, se complican de un modo particular cuando se estudian con referencia a España, como cualquier enfermedad es mucho más alarmante si se ceba en un organismo mal constituido que si ataca a un individuo normal y sano. España, con anterioridad a esos otros males a que antes aludía, padece: en lo económico, anemia secular, producida por falta de explotación de sus recursos naturales, por la mala gerencia de los que explota, por la codicia ininteligente de su régimen fiscal, fundado en el aplastamiento del más débil, y que se refleja en la pobreza de todos y en la sangría irrestañable

de la emigración, fenómeno sencillísimo: donde no se cuece pan más que para uno, es imposible que coman tres y que los tres queden hartos, porque el milagro de los panes y los peces, que sepamos, no ha vuelto a repetirse.

En lo moral padecemos un absoluto y universal desconocimiento de los deberes de cada uno para con sí mismo y los demás, lo cual origina la rapacidad egoísta en los de arriba, la abyección infrahumana de los de abajo, la depresión de ánimo consiguiente a todo ser, hombre o pueblo, absolutamente desorientado y que no sabe lo que quiere ni lo que le conviene.

Y, por último, como causa y efecto a un mismo tiempo, expresión la más humillante de nuestro estado, una ignorancia e incultura espesísimas, que alcanza a todos, que se refleja en las conversaciones, en los modales, en los libros, en los periódicos, en los discursos y hasta en los juegos y distracciones, y que a veces se delata en hechos de una fuerza brutal, que parecen del siglo X: no hace muchos días han denunciado los periódicos que en Andalucía hay un pueblo de 400 habitantes, donde nadie, absolutamente nadie, desde el alcalde hasta el enterrador, sabe leer ni escribir.

No hay que esforzarse en demostrar qué fenómenos tan extraños ocurrirán cuando en un pueblo así constituido, que padece estos males —sobre los que luego volveré— se inyectan los virus peligrosísimos de que antes hablaba y que lleva anejos la orientación moderna de las ideas. Los más graves trastornos son de temer. Así ocurre, por ejemplo, que España, país sin industria, que apenas comienza a vencer los obstáculos que se oponen a su desarrollo normal y próspero, es de las naciones en que proporcionalmente se registran más huelgas, donde adquieren mayor violencia los conflictos entre el capital y el trabajo, eso que apenas hay trabajo ni capital empleado en la grande industria; así ocurre que en España, donde la masa general de los agricultores vive pereciendo y empieza ahora a enterarse de que hay medios científicos de labrar la tierra, el problema agrario, aunque no se ha formulado todavía de un modo serio, deja sentir sus efectos con la misma violencia que en cualquier país en que el desnivel entre colonos o cultivadores y propietarios sea más grande; y en otro orden de ideas, ocurre que cuando aún no hemos concluido de organizar ni de crear la patria ya hay quien la niega, y cuando no hemos conocido todavía el mecanismo de una democracia abominamos de ella y como es la recién venida a nuestra casa, sobre ella echamos la culpa de nuestro malestar y poca ventura.

De suerte que el problema de España es doble. Por una parte tenemos ante nosotros todas las cuestiones de índole moral, intelectual y económica surgidas de la urdimbre de nuestra historia y que recibimos como un arrastre de cuentas pasadas; por otra hemos de afrontar las dificultades que los hechos económicos, morales e intelectuales característicos de la edad contemporánea han de suscitar al plantearse entre nosotros. De la fusión y compenetración de ambos elementos o causas de conflicto surge el problema español, peculiar, especialísimo, único. Este problema se formula en pocas palabras de este modo: ¿podrá España incorporarse a la corriente general de la civilización europea? ¿Se podrá vivir aquí dentro de esas condiciones? La especialidad consiste en

que de ningún otro pueblo europeo se ha hecho pregunta semejante. Y supuesta una contestación afirmativa como es la mía, surge inmediatamente esta cuestión: ¿qué hay que hacer, qué medios habrán de emplearse para que esa transformación se verifique?

Así se plantea el problema para todo aquel que desinteresadamente, desapasionadamente, estudia y observa. Por desgracia son muy pocos los que observan y estudian; los que emprenden esta labor sin interés ni pasión son todavía menos. Así ocurre que cada español siente pesar sobre sí un cúmulo de desgracias inexplicadas, de contrariedades, de obstáculos, cuya verdadera causa desconoce y, puesto a discurrir, cada cual los atribuye a los motivos más diversos, sin que acierte a verlos de una manera clara. ¿Por qué es esto así? Muy sencillo: porque el único medio de que la masa general de la nación adquiriera un conocimiento exacto de sus necesidades reales, de los obstáculos que se oponen a su satisfacción y de los medios útiles de removerlos, es una instrucción, una enseñanza bien orientada y firmemente dada desde la escuela hasta la universidad, y en España, la enseñanza no sólo no sirve para eso, sino que es una de las principales causas de desconcierto y confusión. Y lo seguirá siendo mientras continúe montada de este modo, que hace de ella: por su organización, una industria; por su técnica, es decir, por los procedimientos empleados para enseñar, una mutilación del espíritu; por su contenido, es decir, por lo que se enseña, una mistificación, un engaño. El resultado es estafar a la juventud sus días más alegres, sus años mejores, y, además, en la mayoría de los casos, inutilizarla para todo estudio serio en el porvenir.

Que es una industria, lo comprenderéis con sólo fijaros en que el Estado hace artículo de renta, fuente de ingresos lo que en todas partes es la misión más ardua, más delicada y que más respeto infunde a la conciencia de todo hombre honrado de cuantos están confiados a los poderes oficiales. El Estado convierte la instrucción pública en una oficina de expendición, mediante ciertas sumas, de títulos académicos que son patentes de corso para echarse a navegar por las turbias aguas de la administración, y cuando no usa de este monopolio es para entregarlo a manos mercenarias, a espíritus cerriles y mal orientados, y el daño es entonces mucho mayor.

El ambiente que hay para estas cuestiones en España aparece muy claro en este hecho: no hace mucho tiempo, en una capital de provincia se promovió una fuerte protesta y casi un conflicto de orden público, porque algunos catedráticos de su universidad, contra su costumbre, dieron en ser muy rigurosos, con lo cual el número de alumnos disminuía y las casas de huéspedes y los establecimientos de recreo de todas clases que viven de los estudiantes no ganaban dinero por falta de clientes.

Que es una mutilación del espíritu no es menos evidente, porque no se estudia para saber, sino para aprobar, y no se enseña a discurrir ni se procura formar la inteligencia, sino que se obliga a los muchachos a recitar de coro ridículos manuales, llenos de insensateces, lo cual basta para conseguir el ansiado sobresaliente, que llena de satisfacción y orgullo a la familia del estudiante, y que probablemente no es sino un paso más en la carrera de asno perpetuo.

En cuanto a su contenido, que he calificado de mistificación y engaño, vosotros mismos podéis comprobar la verdad de mis afirmaciones. En general, a los muchachos en España no se les enseña nada que pueda ir contra el prejuicio religioso, ni contra determinadas instituciones políticas; para ello no se tienen escrúpulos en faltar descaradamente a la verdad, o en presentar las obras, los trabajos y los descubrimientos de los enemigos —como si en una labor verdaderamente científica pudiera haberlos— villanamente adulterados. Para probarlo basta un solo ejemplo, del cual todos vosotros sois mártires, esto es, testigos. Recordad cómo nos enseñaban en la escuela la historia de España, qué concepto nos hacían formar de nuestro pasado.

Un optimismo fundamental presidía a estas nociones que servían para formar lo que llamo la «paradoja hispánica». Sin saber cómo, de aquellos primeros estudios sacábamos el convencimiento de que las dotes naturales de España y sus moradores eran inmejorables. El suelo era fertilísimo y, para demostrarlo, acudíamos, no a la estadísticas de nuestra producción, comparándola con la de otras naciones, sino al testimonio de viajeros y geógrafos de hace dos mil años o más, que es lo mismo que si dentro de veinte siglos, se pretendiera probar la fertilidad de Cuba, entonces, por el testimonio de los españoles de ahora; para creernos fuertes, invencibles, dotados de sobresalientes cualidades militares, nos autorizábamos con Hernán Cortés y el Gran Capitán, y para no dudar de nuestro predominio en las artes, teníamos a Velázquez, a Cervantes y a tantos otros. Además, fortuna inmensa, éramos el pueblo elegido por Dios, poseíamos la religión verdadera y debíamos dar gracias a la Providencia porque nuestra misión en la tierra consistiera en extenderla e imponerla. Es decir, en pocas palabras, que así como el espíritu español se paró en su marcha ascendente después del siglo XVI, se paró también nuestra historia y suprimimos el conocimiento de todo lo demás; en torno de aquella época, de aquellas ideas, de aquellas luchas, mal entendidas, absurdamente interpretadas, se ha hecho girar la inteligencia de muchas generaciones de españoles, como si no tuvieran otra cosa que hacer sino echar de menos el pasado y aguardar su regreso por ensalmo. De tal modo es esto cierto, con tanta fuerza penetró esta semilla que, ahora mismo, cuando hemos querido incorporarnos e iniciar un movimiento expansional en África, no se nos ha ocurrido cosa más chusca para justificar nuestras miras que sacar a relucir a Isabel la Católica y su testamento, a Cisneros y todos los demás tópicos de nuestra gran bisutería histórica. Lo cual, además de ser innecesario, porque las empresas de los fuertes, cuando lo son de veras, se justifican por sí solas —Inglaterra no se ha tomado todavía el trabajo de justificar su posesión de Gibraltar— y todo el mundo las respeta, es ridículo; como lo hizo palpable aquel diplomático francés que, siguiéndonos el humor, decía que si nosotros habíamos tenido las victorias de Cisneros, ellos habían vencido en Poitiers unos cuantos siglos antes, y que si nosotros habíamos conquistado a Orán, ellos lo tenían y lo dominaban ahora.

Pues bien, a lo que iba: a pesar de aquel optimismo fundamental, a pesar de aquellas condiciones tan felices, a pesar de la especial predilección de Dios, el pueblo español se encontraba y se encuentra uno de los más infelices y des-

venturados del mundo culto. ¿Por qué? Como las historias aquellas no lo explicaban o lo explicaban de disparatada manera, nos devanábamos los sesos para averiguarlo, y no lo conseguíamos, y nos indignaba la aspereza y mal trato que otros pueblos nos daban, pareciéndonos que por envidia desconocían nuestros méritos y llegábamos a creer que todos los pueblos de la tierra se habían conjurado contra nosotros y éramos víctimas de una injusticia atroz. Nos aferrábamos cada vez más al pasado y, esperando que un milagro nos restituyera a nuestro esplendor, hablábamos un lenguaje que los demás pueblos no entendían. Así se fueron formando generaciones y generaciones de gentes atónitas, sin esperanzas, sin rumbo, y por eso toda nuestra historia contemporánea ha sido una lucha incesante contra ese tradicionalismo analfabeto, el más cerrado, el más pétreo de cuantos movimientos regresivos han surgido en la historia.

Cuando de este modo se orienta a un pueblo y se cuida como flor de estufa su ignorancia, el mal es gravísimo, casi imposible de remediar. Porque, después que se sale de las escuelas, generalmente ya no hay tiempo para el estudio, hay que atender a ganarse la vida, a los negocios, a la familia que uno se crea; harto será que conozcamos bien las cosas de nuestro oficio. Gentes así dispuestas son incapaces de pesar favorablemente en los destinos de su patria; serán reacias a toda palabra de verdad, hostiles a muchas cosas por parecerles peligrosas novedades, aunque sean viejas y comprobadas, o correrán como locos detrás de cualquier señuelo, y sobre el pedestal de su carne levantará la ambición política las estatuas de sus falsos ídolos. Gentes nocivas, en uno y otro caso, a la buena gobernación del Estado. Añádase a esto la deformación y rebajamiento del carácter que produce la educación perniciosa que se nos da, la cual no se encamina a formar el carácter, poniendo su centro de gravedad en la propia conciencia, adoctrinando a los hombres en los fueros eternos del respeto de sí propios, de su dignidad personal y del respeto que a los otros es debido, sino que se funda toda entera en el dogmatismo religioso, de donde resulta que cuando la fe se pierde, desaparecen también para la mayoría de los hombres los motivos que antes tuvieron para ser honrados y cabaes.

Y ahora yo os pregunto: ¿comprendéis el drama íntimo que se desarrollará en la conciencia de un hombre que, por sus circunstancias, por haber tenido tiempo, medios o inclinación, llegue a darse cuenta de todo esto? Comprenderéis la indignación que ha de sentir cuando llegue a percatarse de que ha sido vilmente engañado y de que si quiere formar su criterio y sus ideas necesita echar por la ventana todo su trabajo de los mejores años, de lo cual no puede retener nada como no sea para aborrecerlo? La desesperación de recuperar el tiempo perdido, la contemplación de la magnífica carrera que su inteligencia pudo recorrer y que a la mayoría de los españoles se nos cierra, le amargarán toda su vida. Sentirá vergüenza y dolor, tendrá lástima de sí, de sus contemporáneos y de la patria que entre todos destruimos. No podrá hacer en obsequio suyo más que evitar que otros sean víctimas y dará la voz de alarma.

Cuanto llevo dicho, señores, sirve para asentar mi tesis, a saber: que estamos ante un conflicto producido por la ineducación e incultura nacionales; que esto es una herencia del pasado, fruto del estancamiento secular de España y de

su divorcio de la corriente general del pensamiento europeo, y que durante nuestro sueño, las demás naciones han inventado una civilización, de la cual no participamos, cuyo rechazo sufrimos, y a la que hemos de incorporarnos o dejar de existir.

Ese apartamiento, ese divorcio entre nosotros y el resto de Europa, se inicia en pleno siglo XVI, en el siglo español de la historia. La civilización nuestra en aquel tiempo puede ser comparada a un río muy ancho, caudalosisimo, de corriente impetuosa, pero de curso muy corto; la civilización en el resto de Europa siguió otra marcha más sinuosa, más accidentada, pero engrosando su vena constantemente hasta formar este caudal poderosísimo de nuestros días y del que apenas si nos llegan a nosotros algunas filtraciones.

España hizo su unidad política próximamente cuando todas las nacionalidades modernas se constituyeron, y lo hizo por los mismos medios e implicando la misma transformación social que en todas partes, pese a los que quieren presentarnos a los Reyes Católicos como unos taumaturgos bajados del cielo. La nobleza se somete, los municipios caen en tutela, el poder real se alza sobre todos; la nación estaba plétórica de fuerzas y se desbordó en una expansión prodigiosa en la que fue guiada por su instinto, por su teología y por el interés de la Casa reinante.

Por su instinto hizo la conquista y colonización de América. Italia, que era lo histórico, y África, que era la continuidad geográfica de la patria, no hablaban a la imaginación del pueblo con tanta fuerza como los misteriosos países del oro, donde podía saciar la sed de aventuras y de riquezas que le dominaba.

Por su teología hizo España las guerras de religión. Toda nuestra política interior y exterior de aquel entonces se defiende con textos de santo Tomás. El fragor de las batallas no es más que un remedo de las ruidosas luchas teológicas entre luteranos, calvinistas y católicos. Supuesto que poseíamos la verdadera fe, era necesario imponerla a fuerza de armas. Durante un siglo el poderío español fue el mayor obstáculo a la libertad de conciencia.

El interés de los reyes era el mismo de la religión; jefes naturales de la Casa de Austria, todas las fuerzas y recursos de España se emplearon en hacer la política de esta familia, la más poderosa de Europa, y contra la cual subieron en tremendo asalto los demás poderes políticos del continente y de las islas.

Este sistema de uno contra todos, prolongado sin tregua, sólo podía conducir a la bancarrota y hundimiento de la nación. Ya en el mismo siglo XVI comienza a palidecer nuestra estrella; la gran Armada contra Inglaterra perece sin combatir y parece estúpidamente, por desaciertos de un almirante inepto. Durante las treguas el país no se rehace ni el tesoro se nutre. El agotamiento de la raza es rapidísimo, la ceguera del gobierno absoluta, y cuando Europa se da cuenta de nuestra ineptitud, todos quieren llevarse algún despojo. No tenemos soldados; no hay generales españoles capaces de mandarlos. Los últimos campeones que añaden unos días de gloria a nuestra historia militar de entonces son extranjeros; la raza de los Alba, de los Alarcónes, de los Mendoza, se ha disipado. Los tercios tan ilustres pasean su hambre y sus andrajos por Europa, faltos de pagas. En Italia se hace proverbial la frase «el socorro de España»,

alusión a un socorro y ayuda que no llegan jamás, y que cuando llegan para nada sirven. Esta decadencia era un efecto mecánico inevitable, como si a un hombre, por fuerte que sea, le echamos encima diez toneladas de peso. En la paz de Westfalia tuvimos que reconocer que aquello en cuyo favor habíamos luchado siglo y medio, y por lo que nos habíamos arruinado, era una irrealizable quimera.

Pero acaso era ésta una debilidad, una decadencia que pasaría; tal vez si nuestro poder militar cedía, el vigor nacional se mantenía en otros órdenes. Nada menos cierto. Igual esterilidad y fracaso en lo intelectual y económico, como así tenía que suceder, siendo como es el brillo y ostentación política de un país, resultado de su esfuerzo mental y de su aplicación al trabajo.

El movimiento filosófico español del siglo XVI, si muy variado y activo, no se distingue por la originalidad. Aparte de Vives, apenas puede citarse otro nombre de aquella época que haya influido en el pensamiento filosófico de Europa. Nuestros teólogos filosofaban para hacer una filosofía católica, retocando, ampliando o comentando, la adaptación que en la Edad Media se había hecho de Aristóteles al dogma. Y esta labor, como todas las de su clase, se acaba en sí misma, no es progresiva, porque dada la pauta de la fe, por mucha que sea la sutileza que en ello se ponga, siempre ha de llegar un momento en que haya que decir: todo está explicado. Y hecha la explicación filosófica, se incorpora a la misma creencia religiosa y viene a ser tan intangible como la creencia. De donde nace la paralización y la muerte del libre espíritu de investigación.

En la vida material el desastre era inmenso. No sólo las guerras, sino la política colonial y comercial absurdas, el régimen fiscal, el afán de atesorar, etcétera, trajeron al país al mayor extremo de pobreza. Basta hojear las obras literarias de aquel tiempo para convencernos de que el hambre era la calamidad, la preocupación nacional, el tema favorito de muchos escritores, inspirador de obras famosísimas. La mitad de nuestra literatura está destinada a contar las aventuras de los hambrientos, sus fatigas y las diabluras que inventan para saciar su apetito sin trabajar. Aquel hidalgo del *Lazarillo de Tormes* que desparrama por sus barbas unas migas de pan para hacer creer que ha comido, siendo así que no probaba bocado desde días antes, quedará como la más cruel y exacta representación de la miseria nacional. Como quedará representando nuestro fanatismo y nuestra incorregible impericia el hecho de que al sitiar los ingleses a Manila, ya en el siglo XVIII, los jesuitas asegurasen en nombre de la patrona de la ciudad, que ésta no sería tomada, y una vidente proclamó que aquellos herejes venían empujados por la Providencia para convertirse y que, si atacaban, san Francisco los ahuyentaría con su cordón. Todos lo creyeron menos los ingleses, que atacaron y tomaron la ciudad y, además, no se convirtieron.

Mientras así nos íbamos muriendo ¿qué pasaba fuera? La razón triunfaba; la corriente filosófica que tenía sus fuentes en el Renacimiento iba engrosando; la crítica y el libre examen se aplicaban a todos los órdenes. Se revolucionaba el concepto del Universo, probando el movimiento de la Tierra en torno del Sol; el derecho natural, la religión natural, eran los primeros frutos de la especula-

ción racional libre; las ciencias de aplicación a las comodidades de la vida progresaban rápidamente, y mientras en España, los reyes, aliados a los pueblos, destruían a los nobles, y luego, ayudados por el ejército permanente, borraban todas las franquicias y libertades locales, cuna de las libertades políticas, última salvaguardia suya, en Inglaterra, los nobles, aliados con el pueblo, aniquilaron la tiranía, descabezaron a Carlos I, ensancharon la constitución, y sobre las antiguas libertades comunales, de las que en nuestra patria ya no quedaba memoria, levantaron ese admirable edificio nacional británico, prueba imperecedera de lo que es capaz un pueblo consciente de sus destinos.

Sería un error creer que este apartamiento de la vida cultural de Europa ha cesado para España. Sería un error creer que por alumbrarnos con luz eléctrica y viajar en ferrocarril y hablarnos por teléfono estamos ya en la misma corriente de ideas que ha producido esos inventos; como sería equivocado afirmar que por tener una ley de sufragio universal y un Parlamento y un jurado, vivimos en democracia. No; en la historia de las ciencias aplicadas faltan los nombres españoles; ninguna de esas modificaciones y manipulaciones de las fuerzas naturales se ha inventado en nuestra casa; y esto, no por incapacidad natural, que sería absurdo suponerla, sino por otra razón más sencilla y más vergonzosa: por la razón de que el telégrafo eléctrico y los motores a vapor y la vacuna y las aplicaciones de la electricidad y los telares mecánicos no son cosas que se hagan o descubran casualmente, ni por inspiración de Dios, sino que son el resultado de una manera especial de entender y amar la vida, de una corriente de ideas más profunda, cuya manifestación y cristalización definitiva y práctica, visible para el vulgo, son todas esas llamadas maravillas de la ciencia. Y nosotros amamos el fruto, pero odiamos la labor que lo produce; queremos estar a las maduras, pero no a las duras, en lo cual nos equivocamos enteramente y resulta la inversa, porque en virtud de ese abandono original, dejando infecundo y en barbecho nuestro propio espíritu, a cambio de esas migajas, perdemos nuestra independencia económica, porque ellos son más hábiles y audaces en sus empresas, y no tenemos técnica industrial, y no sabemos ni podemos hallar los medios de hacer respetable nuestra independencia política. Que es el mismo caso de los indígenas antillanos que, a cambio de baratijas y abalorios de cristal, entregaban su oro a los descubridores.

Estas verdades se comprueban fácilmente. No tenéis más que observar cómo esa desorientación se refleja: en los fines colectivos de la vida española; en la práctica cotidiana de la vida pública; en la economía pública y privada.

¿Hay alguien que pueda hablar de fines, de propósitos en la vida nacional española? Seguramente que no, porque esos propósitos no existen. Toda esta máquina formidable del Estado moderno, para nada nos sirve, no sabemos qué hacer de ella. Nos es tan inútil como un arma perfecta de precisión en manos de un ciego. Creemos que no hay luz porque no la vemos, y no viéndola mal podremos ir hacia ella. De ahí una política incierta, blanducha, de tanteo, de concesiones cobardes, de transigencias absurdas, con raptos de furor y acometidas frenéticas de toro bravo; de ahí que el presupuesto haya aumentado un 50 por 100 en diez años y nadie sabe para qué; de ahí que nos resistamos a dar

nuestro dinero, que nos repugne dar nuestra sangre para fines y empresas desconocidas, o que sirven para el medro personal y para la vanagloria de los interesados.

Si la vida española carece de una orientación colectiva ¿cómo podrá funcionar el mecanismo político construido para servirla? No funcionará de ningún modo o será tal que cause asombro. Esencialmente, la organización democrática exige: un cuerpo de votantes; un cuerpo de representantes que aquéllos eligen; un corto número de hombres de gobierno sacados de entre los que representen la opinión de la mayoría. De este modo, en la democracia, como es natural, los ciudadanos electores son los que imprimen a la vida nacional sus orientaciones generales, como un resultado de su voluntad, porque, al fin y al cabo, la nación son ellos y siempre son dueños de cambiarla. Ese cuerpo de electores es la base natural e indispensable del régimen, porque ¿cómo habrá gobierno del pueblo por el pueblo si no hay pueblo?

Decidme ahora si nuestra democracia funciona de este modo. En primer término, carecemos de una masa electoral que sepa sus intereses y los defienda. Es decir, que no tenemos pueblo organizado; y en esa palabra entramos todos, chicos y grandes, pobres y ricos. Como no hay ideal nacional, vivimos en castas: unas odian, otras temen; unas devoran su furia, otras explotan a los furiosos, y así estamos, arma al brazo, esperando la hora de destrozarnos. Nadie cree posible que su derecho se respete; nadie se cree obligado a cumplir con su deber; las leyes son cosa de juego y el fabricarlas una diversión. Estos sentimientos que anidan en el alma nacional, formando su más íntima sustancia, destruyen en sus cimientos toda obra bien intencionada de restauración liberal. ¿Qué son nuestras costumbres electorales? Un padrón de ignominia; y el Parlamento que nace de ellas ¿qué puede ser? Un escenario de la vanidad y de la nulidad, de la impotencia y de la mojiganga; una costra que encubre una llaga; un lugar donde se dicen frases pomposas, que nadie cree; donde se ejercita la función soberana de disponer de vidas y haciendas, a espaldas de un pueblo ausente y olvidadizo, donde la tarea de aplicar los recursos extraídos del trabajo colectivo se convierte en una francachela, en un desatamiento de todas las codicias, donde el sudor nacional sirve para sostener los vicios y las lujosas vanidades de unos pocos privilegiados. Y nuestros partidos de gobierno no son más que unas cuantas familias que viven acampadas sobre el país, presidiendo esta orgía, transmitiéndose de generación en generación, de nulidad en nulidad, los grandes puestos, con una impudicia execrable, que toman en boca los nombres de patria, justicia y libertad para sostener la mentira sin que se quemen sus labios y que incurren a sabiendas en la más tremenda responsabilidad, porque ellos harán justas y naturales y necesarias las más violentas revanchas que el pueblo cuando despierte pueda tomar.

Y esto ha sido posible y se mantiene, porque esas clases llamadas directoras no se contentan con su actual usurpación, sino que han tratado siempre de conservarla para mañana y han matado todo impulso generoso sembrando el escepticismo y la desconfianza en el corazón del pueblo. De este modo, a ese pueblo que debiera ser su juez, lo han hecho su lacayo. Dos armas han puesto

y ponen en juego para este fin: la una se emplea con los indigentes del bolsillo, con los pobres, y es el dinero, la corrupción del sufragio por la compra de votos. La otra se emplea con los indigentes del caletre, con los pazguatos, con los que se deslumbran ante cualquier necedad brillante, y es una idea encerrada en esta frase: ¿qué pedazo de pan le dais al pueblo con la libertad política? También se expresa de este modo: el pueblo no quiere libertades, ni sufragio, sino trabajo, canales, industria, etcétera.

No sé cuál de los dos procedimientos es más cobarde y villano: ¿para qué gastar tiempo en anatematizar la corrupción electoral? La compra de votos es un acto degradante del que todo buen liberal debe avergonzarse; quien no lo sienta así es indigno de acercarse al festín de la cultura. No es a los corruptores a quienes hay que dirigirse, sino a los infelices corrompidos, a aquellos que cuando reciben un puñado de pesetas por su voto creen haber realizado una hombrada y aún se quedan riendo del comprador al que juzgan haber engañado. Y no son más que unos necios, víctimas de su ignorancia, porque al enemigo más cruel le entregan la única arma que tienen para defenderse. Si las masas populares tienen hoy la libertad política, necesitan reivindicar la libertad económica, derrocar el capitalismo, sacudir el yugo del dinero, y en lugar de hacerlo así, permiten que en la hora decisiva, el dinero mismo, con su poder desmoralizante, impida que la batalla se libre y se gane. Los que compran sus actas a peso de oro, todavía las compran muy baratas, porque, merced a ello, el régimen subsiste; y no se diga que el trabajador, vendiendo su voto, tal vez lleve a su casa el pedazo de pan que le falta, porque, aparte de que nadie vive de limosna, si el trabajador pasa necesidad, lo que le conviene es arrancar las causas de que esa necesidad se origina, pero no contribuir a que se perpetúen, con lo cual tendrá pan para un día y hambre para varios años.

En cuanto a la ocurrencia ésa: ¿qué pedazo de pan dais al pueblo con la libertad política?, apenas merece contestarse. De pasada conviene hacer observar: primero, que ya un antiguo amigo de los pobres, cuya autoridad no rechazarán las clases conservadoras, dijo que no sólo de pan vive el hombre; segundo, que ni al pueblo ni a nadie hay que darle pedazos de pan, así como de limosna, sino organizar la sociedad sobre bases justas que permitan que ese pedazo de pan se lo gane el pueblo mismo; y tercero, que precisamente para conseguir esa más justa organización sirve la libertad política, porque teniendo el sufragio universal, la nación entera es su propio ministro de Hacienda, el pueblo es el dueño de los cuartos y puede disponer de ellos, reformar la repartición de los impuestos y la circulación de la riqueza. Un ejemplo está a la vista en Inglaterra a la que siempre hay que volver en busca de enseñanzas políticas. El gobierno liberal presentó varios proyectos que alteraban las bases de las contribuciones, llamando a tributar a los más ricos. Naturalmente, las clases altas se opusieron, una lucha terrible se entabló, y el pueblo inglés fue llamado a decidir con sus votos. De las urnas salió una mayoría para el Gobierno y los nuevos impuestos se establecieron. Decidme, ¿les ha servido de algo el voto a los necesitados y trabajadores ingleses? De suerte que cuando todo el que viva de su trabajo oiga preguntar: ¿qué pedazo de pan te han dado con el voto?,

debe responder en el acto: ¿me han dado, o me ganaré el pedazo de pan que a ti te sobra!

En este cuadro, cuya exactitud podéis comprobar vosotros mismos cada día, ¿queda algún lugar abierto a la esperanza? Indudablemente, sí queda. Para afirmarlo basta tener presente que ninguna incapacidad natural aflige a nuestro pueblo que le impida acelerar el paso y recuperar el puesto perdido. No se trata de un lisiado, sino más bien de un enfermo de la voluntad que no acierta a determinarse, que no se decide a comenzar su obra. De ahí que sea necesario cortar el nudo, resolver la dificultad primordial un poco violentamente, dando al que está parado una serie de empujones para que aun contra su voluntad se mueva y esto le demuestre que sabe y que puede andar. ¿Y quién ha de dar este impulso sino aquellos que están convencidos de la necesidad y posibilidad de realizar la obra? A tal fin y propósito responde, aparte de otras iniciativas, y dentro de nuestra modesta esfera de acción, la fundación de esta Casa con toda la amplitud de horizonte y complejidad de miras a que al principio he aludido. Ciego será quien juzgue mezquinos los comienzos, o desproporcionado el esfuerzo para la tarea que debemos realizar, porque en esta clase de luchas, donde sólo energías morales se ponen en juego, la acción tiene una fuerza tan poderosamente educativa que el menor conato de ella fructifica, centuplicado, en nuevos estímulos y en más grande ardimiento. Vamos, pues, a trabajar sobre el pueblo. Pero, supuesto que nos escuche propicio, ¿qué camino le mostraremos? Vosotros mismos podréis decirlo recordando los tres aspectos o puntos de vista desde los que he encaminado el problema de España. Queremos una transformación de nuestro régimen económico, público y privado, constituido hasta el presente sobre la base del monopolio: se monopoliza la tierra, y mientras 160.000 españoles huyen de su patria cada año, un solo español tiene media provincia inculta, destinada a coto de caza; se monopoliza la industria: para que unos cuantos fabricantes imprevisores y otros cuantos negocios mal calculados subsistan, los productos alimenticios alcanzan precios fabulosos; se monopolizan, en general, los recursos todos nacionales, porque de los 1.200 millones del presupuesto, los dos tercios se invierten en cosas absurdas o improductivas, arrastre de equivocaciones pasadas, y los llamados gastos reproductivos lo son de nombre, sirviendo en realidad para saciar el apetito de una corrompida clase y mantener su influjo. Queremos variar el sistema tributario, de suerte que quien más tenga pague más; queremos acercar el trabajo al trabajador, que el trabajo sea reproductivo e imposible la vida del parásito, llámese como quiera.

En lo político necesitamos, como una condición indispensable, la revisión de todas las instituciones democráticas en nombre de su principio de origen, limpiándolas, purificándolas de todos los falsos valores que sobre ellas o a sus expensas se han creado, ni más ni menos que como en el siglo XVI se intentó la Reforma del cristianismo, no para destruirlo, sino para restaurarlo, invocando las intenciones primeras y los principios puros de la Iglesia primitiva. ¿Democracia hemos dicho? Pues democracia. No caeremos en la ridícula aprensión de tenerla miedo: restaurémosla, o mejor, implantémosla, arrancando de sus esenciales formas todas las excrescencias que la desfigurán. No odiéis

ni os apartéis de la política, porque sin ella no nos salvaremos. Si política es arte de gobernar a un pueblo, hagamos todos política y cuanto más mejor, porque sólo así podremos gobernaros a nosotros mismos e impedir que nos desgobernien otros.

En la enseñanza queremos fundar la instrucción y educación sobre bases rigurosamente científicas. El cultivo de la inteligencia, la formación del carácter, constituyen una ciencia con principios tan firmes y tan demostrables como los teoremas de la geometría; si esos principios se quebrantan todo se viene al suelo. Por lo tanto, debe proibirse de la enseñanza cuanto vaya contra su propio fin; todo prejuicio, todo dogmatismo, todo propósito anticipado que no sea el único de ilustrar y dar a conocer. Así como no hay una manera atea y otra mahometana de explotar las minas ni trabajar el hierro, tampoco hay un sistema católico, ni cismático, ni budista de aprender la física, ni en general, de aguzar el espíritu, de ponerle en aptitud de llegar a enterarse, que es de lo que se trata. Esta tarea, que es la más larga, es la decisiva. «Dadme la universidad —decía Renan— y lo demás os lo abandono todo.»

Como yo no vengo a hacer aquí un programa político, no tengo para qué extenderme en detallar la serie de reformas y cambios que esas orientaciones implican. Esa labor es extraña a mi propósito de esta noche. Otros con más autoridad que yo se encargarán de ella. Señalada la orientación a mí me resta únicamente hablar de las fuerzas que han de ponerse en juego para que el efecto se logre. Sobre esto voy a deciros cuatro palabras, antes que vuestra paciencia se agote.

Un sentimiento, que es una fuerza, un organismo, que es un instrumento, son los medios que han de operar nuestra transformación; el sentimiento es el «localismo», el amor, el apego a lo local; el organismo es el Estado.

Este localismo, esta afición que nunca se desarraiga, tiene un doble origen. De una parte es una inclinación natural, un movimiento instintivo, porque nuestro concejo, nuestro municipio, es la sociedad política más inmediata a nosotros, en cuyo contacto entramos desde luego, cuya corriente tradicional nos envuelve, de ordinario, para toda la vida, y en donde se funden y amasan todas las sugerencias de la vida familiar, de la edad infantil, y donde se sufren las primeras iniciaciones de la existencia. De otra parte, ese localismo es una reminiscencia histórica, un jirón de gloria. El municipio es una célula en torno de la que fue tejiéndose toda nuestra historia política, jugándose una ardua y empeñada partida en que el rey, los nobles y los concejos desempeñan los primeros papeles. La época, tan breve como espléndida, en que los municipios alcanzaron su mayor poderío por el afianzamiento y desarrollo de las libertades locales, es también la de mayor robustez de la vida nacional, en que ésta se desenvuelve más espontánea, más segura de sí misma, sobre bases más sólidas. La medalla que entonces se acuñó subsiste todavía; sus contornos están gastados, borrosas las líneas, cubierta de herrumbre, pero es posible descubrir aún, limpiándola del moho, la efigie antigua. ¿No sentís esto en vosotros mismos? Aquí donde tantas fibras han ido muriendo, donde un apocamiento idiota nos hace pasar por infinitas arbitrariedades, ¿no sentís latir todavía vuestro corazón de alcaláinos cuan-

do alguna ofensa, o algún descomedimiento graves, hieren lo que consideráis honor y gloria de nuestra ciudad? Es que esa cualidad de alcaláino, como la de ciudadano de cualquier otro lugar, vale por un segundo carácter, y, a veces, se antepone y aprecia en más que la de ciudadanos de la nación.

Este sentimiento es utilísimo, si lo sabemos encauzar; pero tiene dos desviaciones peligrosas. Como se ha perdido el ideal nacional, como los españoles carecemos de un propósito colectivo hacia el cual dirijamos nuestros esfuerzos y que sirva al mismo tiempo de ligadura entre todos, ese localismo degenera: o en cabilismo, es decir, en un sentimiento de hostilidad y hosquedad de lugar a lugar, de ciudad a ciudad, de región en región, que se niegan a comprender sus respectivas ideas y aspiraciones particulares haciendo imposible su conciliación superior; o en un tradicionalismo sentimental y huero que vive del recuerdo, del culto a unas cuantas figuras del pasado, artificialmente hechas o contrahechas, y que juzga haber cumplido todos los deberes del hombre y del ciudadano con unas cuantas lápidas conmemorativas y otras tantas lamentaciones por lo que fue y ya no podrá ser. Suicida manera de sentir la historia. Por volver la cabeza atrás la mujer de Lot quedó convertida en piedra.

No es eso lo que nosotros queremos. Yace en el corazón del pueblo ese apego a lo local, como un rescoldo, y sobre él es preciso soplar hasta que alcance llama. ¿Para qué? Para hacer del municipio una escuela de ciudadanos. No se trata ya, como en los tiempos medios, de una lucha entre poderes rivales, que se disputan hilo a hilo el manto de la soberanía. Proclamada la soberanía de la nación, dentro de ella estamos todos y de ella participamos todos, sin que ningún poder se alce para disputarla. Pero esa soberanía que reside en nosotros, que está a la merced del mayor número, es necesario ejercerla: cuando se abandona en medio de la calle el primer truhán que pase la recogerá y se adornará con ella. Y no la ejerceréis nunca, jamás seréis soberanos, si antes no venís a vuestro concejo a que se escuche vuestra voz. Si no os interesa, si no os importa que vuestras calles no se empiedren, o que vuestros abastos no se vigilen, o que vuestros enfermos no tengan asistencia, ¿cómo queréis, cómo podréis interesaros, por ejemplo, en que se reformen los tributos y los aranceles, en que la marina sea eficaz y la enseñanza gratuita y verdadera? Si no tenéis alientos para elegir vosotros mismos a vuestros inmediatos regidores, nombrando a los más aptos, rechazando las añagazas ridículas de los subdiáconos y acólitos del caciquismo, ¿cómo vais luego, en la representación política, a sobreponeros a la arbitrariedad y al despotismo de los caciques máximos, de los pontífices del caciquismo? Si no sabemos residenciar, si no sabemos proscribir a tantos como, en España, del cargo concejil hicieron granjería, ¿cómo vamos luego a dirigir nuestros golpes a lo alto, contra aquellos que fabrican leyes por subasta, favorecedoras del mejor postor, o contra los que van a administrar una provincia con remedio de su bolsillo? Contra todo esto, el íntimo amor a lo local, la participación en el gobierno y administración de las ciudades, es un viento de justicia que lo barrerá. Es fragua y cimiento: porque en ese amor se templará el carácter, y porque sobre él se asentará el gran edificio de las libertades públicas.

El otro instrumento de la transformación que deseamos es el Estado mismo, como órgano propugnador y defensor de la cultura y como definidor de derechos. El Estado moderno, tan fuerte, tan poderoso, con su organización complicadísima, con sus medios técnicos cada vez más perfectos, que extiende a diario su esfera de acción en todos los órdenes de la vida humana, no es una creación de nuestros días, sino el resultado, el fruto, de una obra lenta de varios siglos. El Estado moderno es tan absoluto y absorbente como el antiguo Estado de las monarquías puras, absolutismo que no ha sido creado por las teorías liberales, sino que data de la formación y organización de las naciones modernas. Los reyes europeos del principio de la Edad Moderna, invocando el interés de sus pueblos y con la mira de cortar abusos, destruyeron y aniquilaron todos aquellos organismos sociales que pudiendo ser una rémora al libre desenvolvimiento individual, hacían también sombra a la Corona. Disuelto todo intermedio entre el poder real y el individuo, éste no fue a su vez destruido porque, como el átomo (es el átomo social), es irreductible.

En la Revolución francesa, la más enérgica protesta contra el antiguo régimen que se ha conocido, se abolieron todas las trabas, pero la Convención y el abrumador centralismo que llevaba consigo fueron una continuación del absolutismo y absorción monárquicas que tomaban una nueva forma. La declaración de derechos del hombre fue la defensa y la barrera que se levantó frente a la omnipotencia del Estado por el individuo indefenso. Así, al mismo tiempo que se extremaba ese poder y ese absolutismo, nacía y se consagraba el respeto a la individualidad y se proclamaban sus facultades.

Pues bien, todo este inmenso poder, este absolutismo del Estado, debe encaminarse y conducirse en pro de nuestra obra; queremos infundir en ese organismo sangre nueva, para que el mismo Estado, a cuyo amparo viven todavía los privilegios, sea en reparación magnífica, el restaurador del alma del pueblo, quien haga posible una nutrición fisiológica e intelectual y quien dispense la última y definitiva justicia. Porque de él, de ese Estado, con todos sus defectos de organización, con su ceguera y su parsimonia, es del único Dios de quien podemos esperar que ese milagro se verifique. ¿De quién, si no, vamos a recibir la justicia? ¿O esperamos, acaso, que el codicioso, el explotador, el privilegiado renuncien voluntariamente a su privilegio, a su explotación o a su codicia? Nunca se vio tal; ¿o esperamos que todos esos hombres endiosados, a quienes la soberbia endurece el corazón, que creen que Dios creó el mundo sólo para que ellos fuesen poderosos y respetados y para que los pobrecitos les besen humildemente el borde de su túnica, esperamos que tales hombres sientan ablandarse su corazón por un calor de humanidad? No debemos esperar, como tampoco debemos esperar que aquellos que encuentran en la improductividad actual del trabajo un medio de enriquecerse, mejoren las condiciones del trabajo mismo, ni que aquellos que encuentran en la ignorancia del pueblo una defensa de sus privilegios más fuerte que los fusiles vayan a propagar una cultura que, por dignificar a los hombres y darles idea del valor de su personalidad, es esencialmente niveladora. Todo esto ha de ser misión del Estado; pero hay que arrancar sus resortes de las manos concupiscentes que lo vienen guiando. Este

despojo, esta desposesión, sólo puede hacerse de dos modos: o bien aceptando este nuevo espíritu a fuerza de propaganda, de ejemplaridad y de energía en la lucha, o bien de un modo violento, entre sangre y lágrimas, sin propósito definido y con un incierto mañana. Entre estos dos caminos no hay término medio posible; que los que puedan pensar mediten sobre las ventajas de cada uno, pero que nadie piense que las cosas continúen como hasta aquí, porque esa continuación implica sencillamente la pérdida y acabamiento de España.

Quisiera yo, señores, que la invocación de nuestra cualidad de españoles obrase sobre todos como un cáustico; quisiera que esa invocación produjese sobre los perezosos, sobre los cobardes y sobre los escépticos el efecto de un trallazo que los hiciera erguirse para lanzarlos después a ese formidable asalto; quisiera que fuese para nosotros tan necesario como el aire que respiramos, pertenecer a una patria grande y respetada, grande por su espíritu, respetada por sus justas leyes. Y lo que digo de nuestra cualidad de españoles lo digo también de nuestra condición de alcañinos, porque, al fin y al cabo, el lugar donde nacimos y la nación son dos círculos concéntricos, de tamaño distinto, pero hechos de la misma sustancia y viviendo vida idéntica. Cuanto se afirma del uno puede afirmarse del otro; es cuestión de distancia y de punto de vista. Si nos acercamos mucho, si particularizamos mucho, veremos nuestra ciudad, nuestros problemas, nuestras luchas y nuestras esperanzas locales; si nos apartamos y nos remontamos, si vemos las cosas desde lejos y desde alto, contemplaremos el panorama español, dentro del cual nuestro lugar no es más que una leve pincelada. Nuestro lema es éste: patria y trabajo. Patria, esto es: el ara a donde podemos llevar la ofrenda de nuestros desvelos, porque sin ella ¿quién recogerá el fruto del sacrificio? El que no ha visto su sangre reproducida ¿para quién atesora? El que no conoce posteridad ¿para quién se afana? ¿Para qué labra su jardín el que no espera ver las flores de primavera? Así nosotros —según el dicho del poeta— haremos la miel, como las abejas, pero no para nosotros. ¿Y cómo podría ser esto, cómo empeñarnos en un trabajo ingrato cuyos frutos no hemos de ver maduros si no supiéramos que una descendencia espiritual sabrá cogerlos y gozarlos y bendecir a los sembradores? Esa esperanza nos anima. Además nos impulsa otro sentimiento: nos impulsa la indignación. ¿Vosotros no la sentís? ¿Vamos a consentir siempre que la púrpura cuelgue de hombros infames? ¿Vamos a consentir que la inmensa manada de los vividores, de los advenedizos manchados de cieno usurpe la representación de un pueblo y lo destruya para saciar su codicia? En nuestro museo han entrado unos pícaros y la dalmática más espléndida, recamada por una historia ilustre, la van deshilachando para remendarse los calzones.

Trabajemos, pues, todos en esa obra redentora y pongamos cara alegre al trabajo que ha dejado de ser una cosa maldita. En las primeras páginas de la Biblia, se impone el trabajo al hombre como expiación y castigo. Pues bien, nuestra moral y toda la organización que apetecemos parte del supuesto contrario: el trabajo, la necesidad espiritual de trabajar, es el signo de superioridad

más evidente, de «fecundidad de la voluntad». Los organismos que entre nosotros —dice un filósofo contemporáneo— son los restos todavía vivos del hombre primitivo, es decir, los criminales, tienen en general por rasgo distintivo el horror al trabajo.

Redimamos al trabajo de sus actuales cadenas y el trabajo nos engrandecerá, y engrandeceremos a la patria por el reinado de la justicia.